

De 8 a 10 años

Danieloto y la caja de madera

Un cuento escrito por MAR SANTOS
ilustrado por LUCÍA SERRANO,
al que CONCHITA ha puesto voz.





Danieloto y la caja de madera

¡**Q**ué bien que hayáis empezado a leer! porque tengo una historia que contaros. Pasó hace un año cuando me quedé unos días en casa de mi abuela Roberta. Pues veréis,... un momento, pero si ni siquiera me he presentado.

Me llamo Daniel, pero todo el mundo me llama Danieloto. Tengo 10 años, soy castaño, tengo los ojos marrones y un lunar en el lóbulo de la oreja derecha. Cuando era pequeño me caí cuando montaba en un triciclo y me hice daño en la barbilla. Ahora tengo una cicatriz.

Me encantan los huevos fritos con patatas, coleccionar cromos y cuando sea mayor me gustaría ser mago. Siempre he pensado que cuando haga mis trucos de

magia diré que guardo mis poderes en la oreja, que están concentrados en mi lunar mágico.

Creo que esa ha sido una buena presentación. Ahora ya sabéis quien soy. Yo sólo sé de vosotros que os apetece leer este cuento, pero os tengo que decir que esto no es una historia inventada como mi lunar mágico, es una historia de verdad.

El verano pasado mis padres se fueron de vacaciones a una ciudad que está muy lejos de aquí. Era el primer año que se iban de vacaciones sin mí, así que al principio me enfadé un poco. Me dijeron que sólo serían tres días y que me quedaría con la abuela.

Mi abuela Roberta es rubia y tiene los ojos azules. Nos llevamos muy bien, me gusta mucho estar con ella aunque a veces es un poco pesada. Camina siempre con un bastón. El mango del bastón tiene forma de pato, suele bromear diciendo que si me porto mal con ella el pato me dará un picotazo. A veces le duelen mucho las piernas, las manos o el cuerpo, tanto que hay días que no se puede levantar de la cama.

Por fin llegó el día de ir a casa de la yaya (así llamo a mi abuela). Mis padres se despidieron de mí en el portal y yo subí las escaleras con mi mochila. Cuando llegué arriba ya estaba la abuela esperándome con la puerta abierta.

–¡Hola yaya!

–Pero que nieto más guapo que tengo.– Mientras me decía lo que había crecido me apretaba los mofletes, siempre que me ve hace lo mismo, me los aprieta tanto que me los deja colorados.

–Yayaaaaa, ¡me haces dañoooo!– me quejé yo.

Por fin me soltó, y mientras me daba con su bastón un ligero golpecito en el culo me dijo:

–Ale, deja la mochila y prepárate que vas a ayudar a la yaya a hacer la compra.

–Jo, yaya, si acabo de llegar.– volví a quejarme.

–Pues tienes razón. Vamos a tomarnos un zumo y luego nos bajamos al mercado.

Y así lo hicimos. Mientras nos bebíamos el zumo estuvimos hablando de que cuando ella era joven le gustaba mucho correr, una vez ganó una competición muy importante de su pueblo y el alcalde le regaló un trofeo que todavía guarda. Yo le dije que cuando sea mago, me podré teletransportar tocando mi lunar mágico y diciendo las palabras “volare arribare” y así no tendré que caminar ni correr nunca más.

Acabamos el zumo y nos fuimos al mercado. Había mucha gente y era muy ruidoso, el primer puesto que se veía desde la puerta era una frutería. Mi abuela se acercó y empezó a hablar con la tendera. Pero no hablaban de frutas, ni de verduras, si no de la señora Angelines y de la nueva casa que se había comprado. Así estuvieron durante un buen rato, tanto que decidí ir a explorar el mercado porque me estaba aburriendo.

Mientras paseaba vi puestos de todo tipo, de pescado, de carne, de flores, de botones,... cuando pensé que ya había recorrido el mercado entero, me fijé en un pequeño puestecito. Estaba situado entre dos tiendas que estaban cerradas, así que no había nadie en esa zona, ni siquiera dependiente, así que no te podía atender nadie.

El cartel del puestecito decía: “coge la tuya”. El mostrador estaba lleno de cajas de madera apiladas una encima de otra.

–¿Qué es esto? –Pensé– ¿Qué significa que coja la mía?, ¿me llevo una caja?, ¿y cómo sé cuál es la mía?

Pensé que todo aquello era muy raro y que yo no quería una caja de madera, así que me di la vuelta. Cuando estaba a punto de irme en dirección a la frutería donde estaba mi abuela, una de las cajas se cayó al suelo. Me giré, la recogí y escuché una voz que me llamaba: –¡Danieloto! ¿Dónde estás?–

Me fui corriendo hacia la frutería.

–¿Me ayudas por favor?– me preguntó la abuela, agarré una bolsa y metí la caja dentro.

–Te voy a preparar tu plato favorito, para que luego digas que tu abuela no te cuida.

Cuando llegamos a casa, saqué las verduras y las frutas de las bolsas y también la caja de madera. La fui a dejar en la habitación donde iba a dormir y volví a la cocina a poner la mesa. Estuvimos comiendo y hablando sobre una película que tenía muchas ganas de ver. La abuela me prometió que iríamos a verla.

Después de comer, me fui a la habitación y vi la caja de madera encima de la cama. Me quedé mirándola, no medía más de un folio y en la tapa había dibujada una baraja de cartas, la primera de ellas era el as de corazones –¡Qué bien! –pensé– aquí voy a meter la baraja que utilizo para hacer mis trucos–. Seguí mirando y vi que en una de las esquinas había una pequeña manivela –¿y esto para qué servirá?– intenté moverla pero no pude. –A lo mejor está rota y por eso la regalaban, ¡pues vaya!– pensé.



Me levanté y abrí mi mochila para coger las cartas y meterlas en la caja. Abrí la caja... no os imagináis lo que vi...

Estaba vacía, pero en la parte interior de la tapa había un espejo. Se reflejaba la habitación, podía ver un trocito de la estantería que estaba detrás de mí, pero en mi lugar, donde debería de verme reflejado, había otra cosa, mejor dicho, había otra persona.

Un gorro alargado en el que estaba dibujada una carta con el as de corazones le cubría la cabeza hasta los ojos. Llevaba una capa con el cuello subido por encima de la nariz. Así que sólo se le veían los ojos.

–¡Hola! – me dijo.

–No pude contestar nada.

–Hola Danieloto, vaya cara se te ha quedado.

–Pero... tú... pero... ¿qué?... – no me salían las palabras.

–Yo soy...

–¡No puede ser! –grité asombrado– Eres un mago ¿verdad? Por eso llevas capa. Has hecho uno de tus trucos y haces que te vea a ti reflejado en el espejo en vez de a mí.

–Pues...

–¡Claro! eso es. ¿Me puedes enseñar a hacer ese truco? Es que yo también soy mago, así podré meterme en el espejo de alguno de mis amigos del cole y asustarles, jejeje.

–¡Oye! –gritó un poco molesto– Déjame hablar. Entiendo que te haya sorprendido, pero esto no es ningún truco, yo vivo aquí dentro. Ahora será mejor que gires la manivela.

–¿Para qué? Además, antes lo he intentado y no he podido, yo creo que está rota.

–Inténtalo ahora.– insistió el mago.

Entonces, giré la manivela y esta vez sí que pude moverla. Cuando pasaron unos segundos un pequeño papel se asomó por una abertura que no había visto antes. Cogí el papel que tenía un color amarillento, tenía aspecto de antiguo, en letras muy grandes y oscuras pude leer: SORPRESA.

Le miré extrañado.

–Sorpresa. Cuando ocurre algo que no esperas.– dijo el mago.

–¿Y por qué ha salido este papel?

Y, antes de que me respondiera, la caja se cerró. Intenté abrirla pero fue imposible.

–Pues si que ha ocurrido algo que no esperaba. –pensé– Esto no se lo voy a contar a nadie porque no me creerían–. Todavía estaba sentado en la cama pensando en lo extraño que había sido todo cuando llamaron a la puerta. Era Pilar, la nieta de la vecina de mi abuela, con la que solía jugar cuando venía a visitarla. Me llevé la baraja y me fui con ella.

Estuve toda la tarde jugando con ella, me contó que ha decidido que de mayor será astronauta y que cuando vaya a la Luna plantará flores porque las fotos que ha visto de la Luna son muy feas y grises y no le gusta. Siempre tiene unas ideas muy locas, me lo paso muy bien con ella.

Volví a casa de la abuela y me metí en la habitación. Cogí la caja y la abrí esperando encontrar el reflejo de la estantería y al mago, pero no fue así. Lo que

podía ver esta vez era un árbol tras otro y al mago corriendo tan rápido que se tenía que sujetar el sombrero para que no se le cayera.

–Mago, ¿dónde vas? ¿Por qué corres tanto?– le pregunté preocupado.

–Es la primera vez que salgo del reflejo de la habitación, Danieloto.

–¿Y por eso corres? ¿Te has escapado y no quieres que lo sepan?

–No, no es por eso. –dijo el mago sin dejar de correr– Es que he oído hablar de él, pero nunca lo he sentido y..... ¡gira la manivela!

–¿Por qué? ¿Pero de qué estás hablando?

–¡Gírala!– me gritó entre jadeos.

Cuando lo hice volvió a aparecer un papel por la ranura. Esta vez la palabra escrita era: MIEDO.

–Me da miedo el viento. –me confesó el mago mientras corría.– He venido al bosque porque quería ver los árboles y buscar alguna ardilla. Mientras estaba caminando he oído a dos viejecitos decir que en un rato se levantaría viento, que siempre que los pájaros vuelan así, se levanta viento y luego cae un chaparrón.

–¿Y por qué le tienes miedo al viento?

–Porque no sé como es, siempre he estado en la habitación. Sólo lo he visto cuando azota las hojas de los árboles y...

–Pero mago –le interrumpí– el viento no hace daño.

–Yo he visto que algunas hojas se caen cuando pasa y que a la gente se le mueve el pelo para atrás y dicen que les entra frío.

–Sí. Hay veces que el viento molesta, incluso hace que los paraguas se vuelvan del revés o que los gorros se vayan volando, pero no es peligroso. No hace daño, sólo es incómodo.



–¿Seguro? –me preguntó el mago.

–Ya verás, haz la prueba. Quédate quieto. Aunque te de miedo. Inténtalo.

Entonces el mago me miró, y poco a poco fue disminuyendo la velocidad hasta que se quedó quieto. De repente, pasó la ráfaga de viento y el sombrero del mago se balanceó así como su capa. El mago cerró los ojos. Esto fue todo lo que pasó.

–¿Ves? ¿A que estás bien?–

–Si, me ha dado mucho miedo, no me ha gustado la sensación de frío que he tenido cuando ha pasado, pero luego se ha ido y ya está.

–Claro, ¡pues vaya mago estás hecho! mira que tenerle miedo al viento...

–Seguro que a ti también te pasa, ¿a qué tienes miedo tú Danieloto?– mientras pronunciaba mi nombre la caja se iba cerrando.

Es verdad, yo también tenía miedo a algunas cosas. Hay veces en las que me da miedo la oscuridad y los dentistas. –Resulta que he aconsejado al mago que se enfrente a su miedo: el viento. Podría hacer lo mismo con las cosas que me asustan a mí, a lo mejor así dejarán de asustarme– pensé.

Salí de la habitación y vi a la abuela haciendo los ejercicios que le mandaba el médico, cuando los hace se pone el chándal y está muy graciosa. Le pregunté si podría hacerlos con ella y me dijo que sí, –¡vaya dos deportistas!– bromeé.

Al día siguiente me desperté pensando en la caja, así que salté de la cama y la abrí. Allí estaba el mago con un pañuelo de tela extendido.

–¿Ves estas pequeñas manchas oscuras? Cada una de ellas es una lágrima. –me contó– Míralas bien, si te fijas puedes ver lo que pasó y por qué lloré.

–¿Y por qué las guardas? No son recuerdos bonitos.

–¿Ves esta de aquí?– me preguntó señalándome una manchita– es de cuando me quedé castigado sin ir al parque de atracciones porque había insultado a mi madre mientras discutía con ella. Me quedé muy triste pero aprendí que insultar hiera a la gente y no sirve para nada. Esta otra, es de cuando murió mi abuelo. Lloré mucho. Aprendí que se puede querer a una persona sin que esté contigo, porque la puedes seguir recordando aunque la echas de menos. Aunque en ese momento, yo no podía verlo, en el fondo las lágrimas me ayudaron.

Mientras me contaba esas historias me sentí triste. TRISTEZA fue la palabra escrita en el papel que salió cuando giré la manivela.

Cuando la caja se cerró, fui hacia el salón donde estaba mi abuela.

–Yaya, ¿has llorado alguna vez, pero no porque te cayeras y te hicieras daño, sino porque estabas triste?

– ¿Y por qué quieres hablar de tristezas?

– ¿Por qué no? Todos estamos tristes alguna vez.

– Porque no nos gusta hablar de esas cosas Danieloto. Yo estoy triste muchas veces cariño, porque ya no puedo hacer las cosas que hacía antes. No puedo ir de viaje, no puedo pasear sin pararme cada cinco minutos...

–¿Y qué aprendiste?– le pregunté con curiosidad.

–¿Cómo? ¿Qué se puede aprender de sentirte triste, hijo?

–Hay veces que perdemos a algo o a alguien o no podemos hacer lo que nos gustaría. Entonces estamos tristes y así nos preocupamos por cómo recuperarlo o qué hacer ahora que yo no lo tienes.– Mi abuela me miraba con cara de sorprendida.



–Además,– continué– yo creo que sí aprendiste. Empezaste a usar el bastón con forma de pato con el que puedes andar durante cinco minutos y que además te sirve para darme picotazos cuando me porto mal. Me pides que te ayude con las bolsas de la compra y así luego podemos comer unos huevos fritos con patatas buenísimos. Pusiste en el salón un sofá especial del que te puedes levantar más fácilmente y así puedes ver las pelis que te gustan. Yo creo que has aprendido mucho yaya y que cada lágrima te hace estar más cerca de las cosas que puedes conseguir.

Mi abuela me miraba con cara de extrañeza, pero a la vez sonreía. Tenía los ojos empañados: –¿De dónde habrás sacado esas cosas Danieloto? A quien te haya contado todo eso se le olvidó decirte que hay veces que se llora de emoción y de orgullo al descubrir que una persona tan pequeña como tú es mucho más grande de lo que parece.– Me dijo mientras se le caía una lágrima.

Hoy era el último día que me quedaba en casa de la abuela y no sabía si contarle el secreto de la caja. Como no dejaba de darle vueltas al asunto decidí abrirla. Esta vez el mago estaba de espaldas colocando algo.

–Jejeje– Le oía reírse.

–¿Qué haces? ¿De qué te estás riendo?–

Cuando se volvió pude ver que había enchufado un equipo de música.

–¿Vas a poner música? –y el mago asintió– ¿tanta emoción por eso? ¡Pues vaya!

No hizo caso de mi comentario, mientras lo decía colocó un disco y pulsó la tecla de encendido. Cuando la música comenzó a sonar el mago empezó a bailar y a cantar. Entonces hizo unos movimientos muy raros con los brazos.

–Ese es el baile del robot, lo vi en una película.–dije yo.

–Soy un robot, soy un robot, soy un robot.– mientras lo decía con una voz muy aguda no paraba de moverse.

–¿Pero qué haces?– dije yo a la vez que sonreía.

De repente pegó un salto y se dio la vuelta. Se subió la capa y empezó a menear el culo de un lado hacia el otro.

–Jajaja.– Me reí.

–Vamos Danieloto. Hazlo tú también. No me digas que no. Mueve el culo, mueve el culo, mueve el culooooo.– Me decía canturreando.

Entonces solté una carcajada y no pude parar de reír.

–Pues si no mueves el culo por lo menos gira la manivela.

Lo hice sin rechistar, ya estaba acostumbrado a todo aquello. Al hacerlo en una nota amarillenta se podía leer: ALEGRÍA. Secándose las lágrimas de tanto reírse el mago se dio la vuelta y la caja se cerró.

Aquel mago era muy raro, pero la verdad es que cada vez me caía mejor.

Salí de la habitación y vi a mi abuela hablando por teléfono. Esperé a que colgara y antes de que pudiese hablar me dijo: –Danieloto conozco esa mirada y sé que tienes alguna preparada, pero ahora no puede ser. Estoy cansada y me duele...– no le dejé terminar la frase cuando dije:

–No te preocupes, yaya, tú quédate ahí sentada, ya me encargo yo, jeje.– Y me fui riéndome.

Volví con una caja de plástico enorme.

–Huy, la caja de los disfraces.–dijo ella.– ¿Por qué la sacas? Hoy no es tu cumpleaños ni...

–¿Y qué importa? –volví a interrumpirle– ¿Por qué no podemos hacerlo ahora?

No pude esperar a que me dijera que si para abrir la caja y sacar un parche y un sombrero. Pedí a mi abuela que cerrara los ojos y me coloqué los complementos. Descubrí un tutú de bailarina y también me lo puse.

–Mira– le dije para que abriera los ojos– soy un pirata que no busca tesoros, sólo quiero que todo el mundo vea lo bien que bailo. Empecé a dar vueltas de puntillas sin parar hasta que me estampé contra la pared y se me cayó el gorro al suelo. Aunque me hice un poco de daño no podía para de reírme. A la abuela le pasaba lo mismo.

–Ahora te toca a ti yaya.

–Hijo, si te he dicho que no puedo, como me voy a disfrazar ahora si casi no puedo mover las manos...

–De eso nada– volví a interrumpirla.

Saqué las pinturas de la caja y me acerqué a ella, le dibuje un bigote negro y una perilla a juego.

–Estas muy guapa, señorita Barbuda, mírate.– y le acerqué el espejo que venía con la caja de pinturas.

–Jajajaja.–mientras se reía me daba capones en la cabeza.

Me sentía muy contento y me alegré de que mis padres se hubiesen ido unos días de viaje. En ese momento decidí que la abuela tenía que saber mi secreto, así que le me fui a por la caja de madera.

–Mira yaya, te voy a enseñar algo que seguro no has visto nunca, pero no te asustes eh.– le dije mientras le daba la caja.

Yo estaba nervioso porque no sabía que pasaría, que tal se llevarían el mago y mi abuela ni cómo reaccionarían. Mi abuela abrió la caja.

–Anda, pero si esta ya la había visto.

–¿Cómo?– pregunté muy extrañado.

–La baraja, con esta baraja es con la que haces tus trucos ¿verdad? ¿Por qué creías que me iba a asustar con esto?

–No puede ser. –le dije mientras le quité la caja de las manos– ¿No ves un mago? Tiene que haber un mago reflejado.

–¿Qué mago? –me preguntó la abuela– y sin responderle me fui corriendo a la habitación con la caja en las manos.

Cuando la volvía a abrir, allí estaba el mago.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué no quieres salir cuando esta mi abuela?– le pregunté un poco enfadado.

–Porque no puedo. Danieloto, esta caja es la tuya, y sólo me puedes ver tú.

–No lo entiendo.– Entonces el mago se quitó el sombrero y la capa. No podía creer lo que estaba viendo. Era yo. El mago era yo.

–Soy parte de ti. Te lo quise decir al principio pero me interrumpías todo el rato. –yo le miraba con los ojos tan abiertos como platos.– Cada vez que abras la caja me verás y descubrirás cosas nuevas. Menos mal que tuviste la curiosidad necesaria para acercarte al puestecito del mercado y cogermme, mucha gente esta tan ocupada que sólo se fija en los demás puestos y nunca encuentran su caja.

–¡Vaya!– tal y como me ocurrió la primera vez que abrí la caja, no supe que decir. –Es verdad que cada vez que abro la caja pasan cosas y luego me quedo pensando en ellas. ¡Esto es mejor que un truco! Pero hazme un favor, ponte el disfraz de mago, así es más divertido.

Por la tarde le propuse a la abuela hacer un pastel y tuvimos que ir al mercado a comprar los ingredientes. Le dije que quería ponerle un ingrediente secreto y que yo sabía donde lo vendían, de esta forma fue como la engañé y la llevé hasta el puestecito de las cajas de madera.

–Qué raro, toda la vida viniendo a este mercado y nunca me había dado cuenta de que hubiese una tienda de cajas. Pues a mí me gusta esta.– Y sin pensárselo dos veces cogió una en la que aparecía dibujada una atleta corriendo en la tapa. ¿Cuánto costará?– preguntó.

–Nada yaya, son gratis. Lo pone en el cartel: “Coge la tuya”, además, ¿no ves que no hay nadie para cobrar?

–Es verdad, pero de todas formas ¿para qué quiero yo una caja de madera? Además, tiene una manivela que ni siquiera gira.– dijo.

–Tú llévatela yaya. A lo mejor te sirve para más cosas de las que esperas. Le dije yo.

Espero que todos vosotros, los que estáis leyendo, encontréis vuestra caja.